

lación de la cultura. Pero nosotros pensamos que de no hacerlo así, estaríamos propiciando la muerte absoluta de la misma, entendida la cultura como reflexión, liberación, búsqueda de la belleza, respeto al patrimonio artístico propio, indagación de nuevas vías comunicativas, formación de públicos amplios. Es esta multinacional cultural un reflejo del funcionamiento tecnológico e industrial de nuestra era, que no contento con buscar el obrero perfecto en el ámbito laboral, aspira a nuclear también al ciudadano en un único modelo sin hábitos diferenciados.

Descentralización y autonomía de la cultura, en la planificación y en los fondos a ella destinados. No basta con los pactos

autonómicos, con las transferencias que conllevan: hay que descender al hecho cotidiano, y pedir el control y el reparto de los dineros públicos para uso de la colectividad. Los grandes fastos, fiestas, no dejan tras de sí sino estelas fotográficas pronto devoradas por el tiempo. Importa más dotar de medios —escuelas, talleres, material, salas de exposición y debates— a una ciudad, que hacer de ella capital europea de la cultura. Crear no es negociar con el traficante de turno la adquisición de obras del pasado que él, bajo el barniz de un título nobiliario, explota como en tiempos explotaba la propia mercancía del hombre.

Una cultura que aborde los múltiples problemas de convivencia en las comuni-

dades, con alternativas para las gentes y grupos sociales que en ella viven, que puedan realizar y gestionar sus propios productos, literarios o visuales, gestionar administrativamente y con medios, bibliotecas o productoras, campañas de animación a la lectura o talleres teatrales, cinematográficos, literarios, asociaciones que regeneren la vida cultural prácticamente inexistente en partidos o sindicatos, volcados al coyunturalismo electoral, etc.

Adorno decía: «La soledad inviolable es la única manera que tiene el intelectual de conservar alguna solidaridad». Yo completaría esa afirmación, cierta, con otra de nuestro José Bergamín: «Existir es pensar; y pensar es comprometerse».

Después del derribo, las rebajas

Por Pascale Hugues

Los teatros y ballets de la ex RDA se enfrentan a nuevos problemas

Cuatro años después de la unificación, numerosos teatros, óperas y ballets heredados del régimen comunista se adaptan más mal que bien a la economía de mercado. Proliferan los despidos y cierres y los locales de espectáculos padecen la ley de los directores llegados del Oeste.

Turingia, la verde y romántica provincia de la extinta RDA, parece un niño demasiado mimado. Al recorrer sus pequeños pueblos plantados en valles feraces y rodeados de espesos bosques, uno está tentado de ver allí el paraíso de la cultura para todos. Y es que este pequeño Land de 2,5 millones de habitantes tiene ocho teatros y más de dieciséis orquestas sinfónicas.

En la antigua RDA, cada ciudad de importancia media tenía su «Dreispartmentheater». Por ejemplo, la pequeña ciudad de Nordhausen, que apenas cuenta con 60.000 habitantes, se muestra orgullosa de su ópera. En el corazón de Meiningen, una villa rural de 35.000 almas, campea un precioso edificio, cuna de la tradición naturalista del teatro alemán a

mediados del siglo pasado. Heredados del tiempo de la Alemania troceada de antes del Kaiser, cuando cada duque hacía construir un teatro para divertir a su gente, esta enorme red fue preservada por el régimen comunista, que le aplicó sus rígidos principios: la cultura al alcance de todos, una cultura gratuita y casi totalmente alimentada por las subvenciones de Berlín.

En los «kombinats», las gigantes empresas del Estado, cada «brigada» de obreros tenía derecho a su abono gratuito. Los teatros del Este estaban, pues, llenos durante todo el año, aunque los asientos de los cansados trabajadores quedasen muchas veces vacíos, porque, después de una dura jornada de trabajo, lo único que realmente le apetecía era descansar.

Opulencia teatral

La unificación acabó de la noche a la mañana con toda esta opulencia teatral. Los administradores sin sentimientos y los contables quisquillosos llegados del Oes-

te para introducir el orden de la sacrosanta «Sozialmarktwirtschaft», la economía de mercado a la alemana, pronto echaron las cuentas y se encontraron con que sólo en Turingia había dos veces más teatros que en el Land gemelo de Renania-Palatinado del Oeste. Con casi tres millones de habitantes, el Palatinado sólo cuenta con cuatro teatros y cinco orquestas sinfónicas.

Un desequilibrio que los auditores intentan colmar a duras penas, desde que se unieron las dos Alemanias. Porque, en el campo cultural, como en cualquier otro, la consigna es sencilla: hay que economizar y poner coto a los gastos superfluos.

En Erfurt, capital de Turingia, pronto se verificaron estos preceptos. Antes de la unificación, el teatro de la ciudad era, con sus 560 asalariados, una de las grandes empresas de esta provincia del Este alemán. Con la llegada del nuevo director, Dietrich Taube, procedente del Oeste, comenzó el control. En el otoño de 1992, el ayuntamiento de Erfurt encarga una auditoría. Los expertos proponen cerrar una parte de sus talleres. Se echa el cerrojo a los talleres de carpintería y de electricidad. El teatro, que había vivido en la más pura de las autarquías, pasa a depender en adelante de las empresas privadas. Sus empleados se redujeron a 389. Los contratos de por vida que tenía todo el personal, desde la cajera hasta los actores o los directores fueron reemplazados por contratos temporales y renovables cada cierto tiempo.

Colonización sistemática

La mayoría de los teatros del Este acogió con los brazos abiertos a los nuevos directores llegados del Oeste. «Porque saben moverse en el sistema jurídico y administrativo importado del Oeste, porque son capaces de defender nuestros intereses y de obtener subvenciones», reconoce un actor del Este, al tiempo que se muestra un poco triste por esta «colonización sistemática, aunque dulce, a la que nos están sometiendo».

Dietrich Taube era el director del teatro de Mayence, una coqueta y burguesa ciudad en la orilla del Rin. Con su flamante traje de seda y acompañado por su sonriente esposa, Dietrich Taube es consciente de la pesada tarea de administrador que se le ha venido encima. «Es más difícil financiar el arte y la cultura en una democracia que en una dictadura. Aquí la gente todavía no ha entendido el nuevo

sistema. Antes, la subvenciones llegaban directamente de Berlín-Este, hoy los Länder tienen que financiar ellos mismos sus teatros. En Erfurt hay voluntad política, pero falta el dinero».

El párrafo 36 del contrato de unificación firmado en octubre de 1990 por las dos Alemanias preveía prolongar momentáneamente el estado de gracia, para permitir a los teatros poner en marcha una alternativa de financiación. Las autoridades locales tuvieron dos años para elaborar un montaje financiero, pero muchas ciudades van con retraso y se encuentran en medio de una situación extremadamente precaria.

Para evitar la espada de Damocles del cierre, los teatros de provincia del Este tuvieron que inventar nuevas fórmulas. La primera solución, muy utilizada para evitar gastos, fue la fusión. Separadas por unos cuantos kilómetros, la pequeña ciudad de Eisenach y su vecina de Gotha mantenían cada una de ellas un centro cultural de teatro, ópera y ballet. ¡Un lujo intolerable en el sistema capitalista! Las dos ciudades decidieron, pues, después de largas y dolorosas transacciones, limitar sus actividades para reducir gastos. Eisenach pierde su teatro y fusiona su orquesta con la de Gotha. «Estos acuerdos se hacen con mucho dolor de corazón y con oleadas de despidos. La gente aquí tiene la impresión de que lo único que cuenta ya es el criterio de la rentabilidad económica, cuando, para ellos, perder su teatro es perder un poco de su identidad», explica Klaus Gronau, dramaturgo llegado de Bremen, después de una larga estancia en París.

Más cierres

La pequeña ciudad de Döbeln ha sido la primera en cerrar su teatro, fundado hace más de 120 años. Y se anuncian más cierres.

Para salir al paso de la penuria económica, los programadores de Erfurt se defienden programando espectáculos más vivos y espontáneos. Las comedias musicales como *Rocky*, *Horror Show*, *Evita* o *Jesucristo Superstar* gozan del interés de los alemanes del Este. El teatro de Nordhausen encontró un nuevo filón en los espectáculos para jóvenes. Para atraer al público y llenar la caja, otros directores no dudan en transformar, una vez al mes, el teatro, en pista de baile. Pero los actores se quejan de que pierden su público, que ya no se identifica con este nuevo repertorio, cóctel de comedias musicales e hiperclásicas.

«Hoy en día, la competencia es durísima, explica Klaus Gronau. El precio de las entradas subió. El paro y las preocupaciones por la adaptación al nuevo sistema capitalista le han quitado a la gente las ganas de ir al teatro. Además, ahora tenemos que competir con los videos. No hay más que ver el número de tiendas de video que han abierto en la ciudad y el bosque de antenas por satélite que puebla el tejado de las casas, para darse cuenta de que el teatro está amenazado de muerte». Estos nuevos modos de distracción llegados del Oeste han asestado un duro golpe al teatro que, en el antiguo régimen, era a menudo la única atracción cultural de las pequeñas ciudades de provincia.

Andreas Bartsch, un decorador llegado de Berlín-Este para montar *El avaro* de Molière, se alegra sin embargo de esta inseguridad generadora de movimiento y de nuevas energías. «Los teatros de la Alemania del Este estaban llenos de quincuagenarios inamovibles. Durante 30 años, el teatro de Erfurt sólo ha tenido tres directores, el mismo decorador y el mismo encargado del vestuario. Los jóvenes no tenían oportunidad alguna de hacer carrera como en el Oeste. Esta falta de competitividad, esta seguridad absoluta en el empleo paralizaban por completo los impulsos creativos. ¡Hoy volvemos a revivir!».

«MAS VITAL, MAS INSOLENTES»

Los del Este echan de menos la homogeneidad de antaño, el «espíritu de equipo», explica Ekkehard Kiesewetter, director y miembro del Partido Comunista, que se marchó antes de que le echaran. «Nos dicen que todo lo que habíamos hecho antes de la caída del Muro era pura y simple mierda. No me reconozco en este tipo de teatro y no puedo cambiar de la noche a la mañana». «Antaño, el conjunto era mucho más insolente, mucho más vital —señala el actor Karlheinz Welzel—. Hoy, hay tanto miedo de ser despedido, que nadie se permite la más mínima crítica». Los más valientes se van al Oeste. A sus 64 años, el actor Karlheinz Welzel se va a Detmold, en Westfalia, porque «es hora de ponerse a prueba, y tengo ganas de trabajar con un director del Oeste». Welzel siente un escalofrío en la espalda, como todos aquéllos que se atreven a «pasar del otro lado».

El Mundo, 1-9-1994.